

SEGUNDA SERIE

MEDITACIONES DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO.

ADVERTENCIA. *Las 70 meditaciones que siguen abarcan toda la Pasión de nuestro divino Salvador Jesús. Como se ha dicho en la introducción de este libro, podrán hacerse con provecho, además de los viernes de todo el año, en el tiempo que media desde Septuagésima hasta Pascua de Resurrección, exceptuados los sábados y domingos de cada semana, y los días festivos extraordinarios que ocurran.*

Á fin de que con la Cuaresma se terminen las meditaciones de la Pasión, podrá comenzarse el lunes después de Septuagésima por la meditación número 30, reservando las primeras para durante el año.

I.^a—EXCELENCIA DE LA PERSONA QUE PADECE.

PRELUDIO 1.^o La persona que padece es la más santa é inocente, la más generosa y la más caritativa.

PRELUDIO 2.^o Representate á Jesucristo en los diferentes actos de su Pasión.

PRELUDIO 3.^o Pide conocimiento de lo que por ti padeció y correspondencia á su amor.

Punto 1.^o Inocencia y santidad de Jesucristo.—Considera en este punto la inocencia y santidad del Señor que padece. Él era inocentísimo, sin que tuviera la más ligera mancha de pecado, de tal modo, que podía desafiar á sus enemigos, diciéndoles: «¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado?», sin temor de que nadie le contestase. El mismo juez que lo condenó á muerte, no pudo menos de reconocer y confesar repetidas veces que era inocente y que no hallaba en Él cosa alguna merecedora de castigo. Él era Santísimo con todo género de santidad, lleno de gracias y virtudes, en quien tenía sus complacencias el Padre eterno, habiéndole dado al mundo para que con las palabras y ejemplos enseñase á los hombres el camino de la virtud. Su humildad era profundísima, su obediencia admirable, su mansedumbre, paciencia, resignación, todas las virtudes, en una palabra, se hallaban en Él de un modo nunca visto en el mundo. Él era sapientísimo y discretísimo, puesto que se encerraban en Él

todas las riquezas espirituales de la sabiduría y ciencia ¹ de Dios y le había sido comunicado su divino espíritu sin medida ². De modo que cuanto padecía era sin culpa suya, y podía decir con mayor razón que David: «Aborreciéronme de balde». Y aunque sus enemigos fingían que la tenía y que le atormentaban como á blasfemo y transgresor de la ley de Moisés, con todo, Él era un dechado el más perfecto y modelo más acabado de inocencia, virtud y santidad. Pues, ¿cómo no te compadesces de ver padecer á un Señor tan inocente, santo y sabio? El Centurión y otros muchos que se hallaron en el Monte Calvario, herían sus pechos, de dolor, viendo padecer al que tenían por justo; ¿cómo no hieres tú el tuyo, considerando que padece, no cualquiera justo, sino el Supremo de los justos, sin haber dado ocasión culpable para tantos trabajos? ¡Oh corazón mío, más duro que las piedras! ¿Cómo no te partes por medio á causa del dolor, pues ellas se partieron y desmenuzaron cuando padeció esta Piedra viva, fuente de la gracia y dechado de santidad? ¡Oh alma delicada! Mira cómo padece el inocente; y tú, culpable, ¿no querrás padecer?

Punto 2.^o Beneficencia y generosidad de Jesucristo.—Lo segundo que debes considerar aquí es la generosidad y omnipotencia de este Señor en hacer bien á todos y en ser universal bienhechor de todos. Pondera cómo pasó y ocupó su vida, según dijo san Pedro ³, en hacer bien y curar á todos los oprimidos del demonio. ¿Qué necesidad vió que no remediase? ¿Qué lágrima que no enjugase? ¿Qué corazón afligido que no aliviase? Valiéndose de la virtud omnipotente que tenía, alumbraba á los ciegos limpiaba los leprosos, curaba los tullidos, daba habla á los mudos, sanaba toda clase de enfermos y resucitaba los muertos. No se contentaba con remediar los cuerpos; hacía además bien á las almas, perdonando los pecados, librándolas del infierno, abriendo las puertas del cielo, comunicándolas luz de doctrina maravillosa y fuego de caridad, con el resplandor de todas las virtudes. De donde consta que padecía tormentos y deshonras, no sólo sin culpa, sino por lo que merecía sumo descanso y honra. Bien dijo de Él san Agustín ⁴, que vivió en este mundo, obrando cosas maravillosas y padeciendo cosas muy trabajosas hasta ser colgado en un madero. Pues, ¿cómo se explica que no te deshagas de pena, viendo padecer á este bienhechor de todo el mundo, el cual, haciendo bien y aprovechando á todos, recibe mal y daño de todos? ¡Oh Salvador mío! ¿Quién pudiera alcanzar tal gracia y llegar á tan alta virtud, que, obrando bien como Vos, supiese padecer algún mal por vuestro amor! ¡Oh alma mía! No pretendas de los hombres premio de tus buenas obras, pues tu Redentor recibió de ellos graves tormentos por las tuyas. No te quejes de la ingratitud é injusticia que usan contigo al verte perseguida,

¹ Colos., II, 3. — ² Joan., III, 34. — ³ Act., X, 33. — ⁴ In Psalm. XLIX.

viendo á este Señor afligido con tan espantosos males, habiéndoles hecho tan soberanos bienes. ¿Has obrado hasta hoy según esta doctrina? ¿Qué te conviene hacer en adelante?

Punto 3.º Caridad de Jesús.—Considera en este punto la infinita caridad de este Señor, por la cual se ha dado voluntariamente á todos, y á ti en particular, haciéndose mucho mejor que san Pablo, todo para todos, á fin de ganarlos á todos. Reflexiona con vivo afecto de tu corazón cómo este Señor es tu Padre amantísimo, á quien debes el ser, la salud, las fuerzas, todo cuanto posees: es tu Maestro sapientísimo, que ha venido del cielo para enseñarte la verdadera ciencia de Dios, sin la cual de poco sirven las ciencias humanas, y la cual sola basta para obtener la felicidad: es tu Médico piadoso que, movido del más tierno amor, te ha librado de las enfermedades, sufriendo Él los dolores que por ellas merecías; es tu Redentor amorosísimo, que ha dado su propia sangre para sacar á tu alma de la dura esclavitud del demonio; es tu Pastor amantísimo, que para sustentarte y alegrarte ha preparado y amasado de tal modo su carne y sangre, que te sirve de pasto delicioso y nutritivo; es tu Criador omnipotente, tu Bienaventuranza eterna, el Esposo dulce de tu alma, tu Dios y todas las cosas. ¡Ah! Si el hijo llora la muerte de su padre, y la esposa la de su esposo, y el amigo la de su amigo, ¿qué corazón es el tuyo, que no llora la Pasión y Muerte de tal Padre, de tal Esposo y de tal Amigo? ¿Cómo es posible que pueda entregarse á frívolos pasatiempos y á placeres criminales, considerando que por ellos se ha sometido á tales trabajos este piadosísimo Redentor? ¡Oh Dios de amor y volcán de caridad! Yo quisiera tener las lenguas de todos los hombres y de los ángeles para poder alabaros con todas ellas por los favores tan grandes que me dispensáis. Bastaba, Señor, lo mucho que conmigo habíais hecho, dándome el ser, la vida y la inteligencia, y mandando á todas las demás criaturas que me sirviesen; pero no bastaba todo eso para satisfacer vuestro amor; y éste os obliga á sufrir los más acerbos dolores para hacerme el mayor bien que podía pretender. ¡Oh alma! ¿Has conocido la viveza de este amor? ¿Qué debes hacer tú en retorno por él?

Epílogo y coloquios. ¡Qué inocencia tan santa, qué generosidad tan misericordiosa, y qué caridad tan ardiente resplandece en Jesús, nuestro amante Padre! Sus enemigos más encarnizados, á pesar de estar siempre acechándole, no logran descubrir en Él ninguna falta ni defecto real. Emplea todos los días de su vida en hacer beneficios y obrar milagros para socorrer á los desgraciados, alimentar á los hambrientos y consolar á los afligidos. El es el paño de lágrimas de todos. A Él se acerca el pecador arrepentido y oye palabras de vida; á Él acude la madre agobiada por la suerte de su hija, y se retira consolada. Su caridad es tan encendida, que se hace todo para todos, y no se

desdeña de llamarse nuestro Maestro, Médico, Padre, Hermano, Amigo, Esposo de las almas, y hacer con nosotros de un modo eminente todo cuanto exigen estos títulos. Y este Señor tan santo padece como si fuera el más criminal pecador, y este Bienhechor universal es condenado á muerte como si fuera el mayor enemigo de la humanidad. Mirale, cristiano, contéplale bien. Es el mejor de los Padres, y el más fiel Amigo y el más tierno Hermano. ¿Seguirás todavía ofendiéndole? ¿No te compadecerás de Él? Y ¿no llorarás tus pecados, que son sus más crueles verdugos? Oye lo que te dice tu mismo corazón: haz eficaces propósitos: pide la gracia de cumplirlos, y ruega por todas las demás necesidades y obligaciones.

2.ª—PENAS INTERIORES Y EXTERIORES DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo padeció toda suerte de dolores, interiores y exteriores.

PRELUDIO 2.º Representate al Señor llagado y coronado de espinas, diciendo: «Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo»

PRELUDIO 3.º Pide conocimiento y compasión de las penas de Jesús.

Punto 1.º Penas exteriores de Jesús.—Considera cómo Jesucristo durante su Pasión fué atormentado en todas las cosas exteriores que pueden ser materia de trabajos. En la hacienda y cosas que poseía ¹ llegó á padecer tal pobreza y desnudez, que murió públicamente desnudo en una cruz, tomándole los soldados las vestiduras y repartiéndolas entre sí. En la honra padeció innumerables irrisiones y escarnios, tratándole de ladrón, malhechor y blasfemo contra Dios. En la fama padeció muchos falsos testimonios, con que pretendieron desacreditarle, tachándole de pecador, samaritano, endemoniado, revolvedor del pueblo, comedor, bebedor y blasfemo, considerándole como hombre reprobado de Dios y condenado ². En materia de sabiduría y ciencia fué despreciado y tenido por idiota, sin letras, por loco y furioso ³, por imprudente y necio. En materia de potencia y milagros se le tuvo por embustero y encantador, y por hombre que tenía pacto con Belcebub y Satanás ⁴. Finalmente, padeció en sus mismos amigos y allegados, porque unos le negaron, los más le desampararon, y los que se hallaron presentes, como su benditísima Madre y algunos otros más fieles, agravaban su dolor, sintiendo Él mismo con gran viveza la pena y afrenta que ellos padecían. ¡Oh generosísimo Redentor! ¡Cuán bien pagáis nuestras deudas con vuestras penas! Porque todas las cosas del mundo fueron cebo de nuestra codicia, carnalidad y soberbia, queréis padecer en todas pobreza, tormento y humillación. Permitidme, Señor, que de

¹ S. Thom. — ² Psalm. LXXXVII, 5. — ³ Marc., III, 21. — ⁴ Luc., XI, 15.

hoy más me sean ellas instrumento para serviros, como hasta aquí me fueron ocasión para ofenderos. ¡Oh alma mía! Compara las excelencias de esta divina Persona con las ignominias y dolores que padece, para que te confundas de tu soberbia y sensualidad, y te alientes á padecer para imitarle. ¿Estás resuelta á verificarlo? ¿Abusarás todavía de los bienes exteriores que has recibido? ¿Qué debes hacer para evitarlo?

Punto 2.º Dolores de Jesús en sus cinco sentidos y en los miembros de su cuerpo.—Reflexiona en este punto sobre lo mucho que padeció Jesucristo en cada uno de sus cinco sentidos. Pondera con dolor cómo sus ojos fueron afligidos viendo los visajes, mofas y meneos de sus enemigos, y las lágrimas y sollozos de sus amigos; y fueron también enturbiados con las salivas y las gotas de sangre que corrían de su cabeza, y con el ardor de las encendidas lágrimas que por ellos vertía. Sus oídos padecieron oyendo contra Sí muchas y muy grandes blasfemias, injurias y falsos testimonios y terribles acusaciones de sus enemigos. El olfato padeció sufriendo el mal olor del monte Calvario, donde fué crucificado. El gusto padeció terrible sed, y en ella fué, no aliviado, sino atormentado con hiel y vinagre. El tacto sufrió gravísimos dolores con los azotes, que desgarraron sus purísimas carnes; las espinas, que acribillaron su cabeza, y los clavos, que traspasaron sus pies y manos. De modo que los cinco sentidos que tú has convertido en fuentes de pecados é iniquidad y puertas por donde ha entrado la muerte en tu alma, fueron para Jesús manantiales de tormento y dolor, con el fin de merecerte la vida que habías perdido. ¡Cuán ingrato serás si continúas abusando de ellos! Discurre también por todos los miembros y partes principales del cuerpo de Jesucristo, y verás que en todos ellos padeció exquisitos dolores y tormentos. La cabeza fué punzada con espinas y aporreada con la caña; los cabellos y barbas arrancados; los carrillos abofeteados; los brazos descoyuntados, hasta poderse contar todos los huesos; las muñecas atadas fuertemente con sogas; las manos y pies atravesados con clavos; las espaldas y todo el cuerpo rasgado con azotes muy crueles; y como las heridas eran en partes tan sensibles, causaban dolores excesivos. ¡Oh cuerpo delicadísimo! ¡Con cuánta razón se puede decir de Vos¹ que desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no teníais parte sana, sino todas llenas de heridas y cardenales, de llagas y dolores muy terribles! ¡Oh! ¡Cuánta mayor razón había para que mi cuerpo fuera atormentado en todas sus partes y sentidos, pues con todas y de todos han manado innumerables pecados! Sanad, ¡oh buen Jesús!, con las llagas de vuestro cuerpo las llagas de mi alma; y por vuestros dolores corporales,

¹ Isai., 1, 6.

libradme de mis males espirituales. ¿Conocemos nosotros las penas de Jesús? ¿Deseamos aliviarlas? ¿Qué hemos de practicar al efecto?

Punto 3.º Dolores interiores de Jesucristo.—Considera aquí las aflicciones y dolores interiores de Jesús, los cuales acompañaban á los referidos dolores exteriores. Estos dolores fueron muchos y muy graves, y en todas las cosas que el ánima purísima del Salvador podía padecer sin imperfección. Porque Él fué desamparado de su Padre celestial del modo que podía serlo, y con tan vehemente dolor, que Él mismo lo quiso declarar en la cruz, diciendo: «Dios mío, Dios mío; por qué me desamparaste»; privóse de todo consuelo sensible del corazón, obligándole á devorar los más intensos tormentos sin darle el menor alivio; sufrió tristezas vehementes en la voluntad por las injurias que se hacían á Dios, y por la perdición de los hombres, por cuya salud había venido al mundo; padeció temores gravísimos, tedios de muerte y agonías tan intensas, que hubieran bastado para causarle la muerte, si con su omnipotencia no hubiera conservado la vida. Fué tal la pena interior, que le hizo derramar un sudor nunca visto, no de agua, sino de sangre, y tan copioso, que llegó á regar con él la tierra. Finalmente: aunque fueron terribles los dolores del cuerpo, fueron mucho mayores los del espíritu; porque en lo interior tomaba tanta pena cuanto quería; y como amaba mucho, quería que fuese mucha, para mayor bien de los que tanto amaba. ¡Oh dulce Redentor! ¡Ahora veo con cuánta razón os llama Isaiás¹ Varón de dolores y curtido en enfermedades, pues por todas partes os miro rodeado de dolores y cercado de aflicciones! Las tempestades del mar amargo bañan y atormentan vuestro cuerpo, y sus olas penetran hasta vuestra alma². Por defuera os aflige penosísimo bautismo de sangre³, y por dentro el amarguísimo cáliz⁴ de la tristeza. Concededme, Señor, que sea semejante á Vos en todas estas penas, para que os agraden mi cuerpo y mi espíritu, y queden limpios de todas sus mancillas. ¿Abrigas, alma mía, estos sentimientos? ¿Por qué te quejas al verte agobiado de tristeza y amargado por el dolor?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta razón puede dirigirnos Jesús aquellas palabras del profeta Jeremías: «¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino de la vida; atended y ved si hay dolor semejante al mío!» Todas las penitencias de los confesores, todas las austeridades de los anacoretas, todas las fatigas de los Apóstoles y todos los dolores de los mártires no pueden compararse con los tormentos de Jesús en su Pasión. El es afligido en los bienes exteriores, quitándole cuanto tenía, robándole la fama, calumniando su poder, burlando su sabiduría,

¹ Isai., LII, 3. — ² Psalm. LXXIII, 2. — ³ Luc., XII, 50. — ⁴ Marc., X, 38.

echando á la peor parte las más laudables obras realizadas en favor del hombre. Él es atormentado en su cuerpo; cada uno de los cinco sentidos padecen especial dolor: la vista con la presencia de los enemigos que le atormentan y con la de los amigos que le ven sufrir; el oído con las maldiciones y blasfemias que profieren los verdugos y judíos; el gusto con la sed ardiente y con la hiel y vinagre; el olfato y el tacto padecen sus tormentos propios. ¿Qué diremos de los miembros del cuerpo? ¡Ah! Mira su cabeza, y la verás cubierta de espinas; mira sus manos, y las hallarás agujereadas; contempla sus espaldas, sus mejillas, todo el cuerpo, y lo encontrarás herido de pies á cabeza, cual si fuera un leproso. Y si pasas al alma, y si penetras en su corazón, lo verás envuelto en un mar de amargura, combatido por espantosas olas de tristeza, tedio, pavor, agonía. Congojoso sudor de sangre brota de todos sus miembros, y riega el suelo. ¡Cuánto padece Jesús! ¡Y todo lo soporta por ti! ¿Te atreverás á aumentarle sus penas con nuevas culpas? ¿Cómo debes corresponder á Jesús? Medítalo, haz propósitos, pide gracia para cumplirlos, y no olvides las demás necesidades que tienes encomendadas.

3.^a—PERSEGUIDORES DE JESÚS.

PRELUDIO 1.^o Jesús es perseguido y atormentado por toda clase de hombres, y sobre todo por los demonios.

PRELUDIO 2.^o Representate á Jesús rodeado de sus perseguidores, que le golpean y escupen, instigados por el demonio.

PRELUDIO 3.^o Pide compasión de Jesús y confusión por haberle perseguido.

Punto 1.^o *Quiénes persiguen á Jesucristo.*—En este punto debes considerar la muchedumbre y calidad de las personas que se conjuraron contra Cristo nuestro Señor, para despreciarle y atormentarle en su Pasión. Pondera cómo concurrieron y cooperaron á esta obra criminal é infame reyes, gobernadores, jueces, sumos pontífices, sacerdotes, letrados, religiosos de aquel tiempo, cortesanos, soldados, gentiles y judíos, y hasta de sus mismos discípulos no faltó quien le persiguiese. El rey Herodes con su corte le escarnece; el juez Pilatos le condena; Anás y Caifás, sumos sacerdotes, le reprueban; los escribas y fariseos le acusan; los soldados le prenden y mofan; los verdugos le azotan, coronan y crucifican; la canalla del pueblo da voces contra Él, pidiendo que muera; un discípulo le vende, otro le niega, y todos le desamparan. Reflexiona cómo á todos estos tenía el Señor obligados con innumerables beneficios para que le amasen, honrasen y sirviesen, porque además de los beneficios generales que como Dios y Redentor comunicaba á todos, en especial había hecho otros muy particulares á los de aquel pueblo, enseñán-

doles su doctrina, haciendo en su presencia muchos milagros, curándoles sus enfermedades y las de sus hijos, criados ó amigos, dándoles de comer milagrosamente en los desiertos; por lo cual le querían alzar por Rey, y le recibieron en su ciudad con la mayor pompa que jamás fué recibido príncipe alguno de la tierra. Pues todos estos se trocaron y convirtieron contra su Dios y Redentor, y contra su Bienhechor infinito, injuriando, atormentando y matando á quien tanto bien les había hecho, y á quien poco antes juzgaban por digno de toda honra y le aclamaban por autor de la vida y le llamaban hijo de David, que viene en nombre del Señor. ¡Oh dulce Jesús, Rey de reyes, Juez de vivos y muertos, Sumo Pontífice y Supremo Sacerdote, fuente de la ciencia y santidad, piedra angular del pueblo gentilico y judaico! ¿Cómo sois perseguido de los reyes y jueces terrenos, de los sacerdotes y sabios de la tierra, y de todos los pueblos y naciones del mundo? No me espanto que os persigan los que no os conocen; pero ¿qué diré viéndoos perseguido de los que os conocían y por mil títulos estaban obligados á servirlos? ¡Oh alma cristiana! ¿Has perseguido tú también á Jesucristo con tus pecados? ¿No lloras tamaña ingratitude?

Punto 2.^o *Causas que movían á los perseguidores de Cristo.*—Considera las causas que inducían á los perseguidores de Jesucristo á ensañarse contra este benignísimo Señor, y por ellas podrás rastrear algún tanto la crueldad y fiereza que usaron en su persecución. Pondera cómo todos ellos eran soberbios, ambiciosos, codiciosos, hipócritas y fingidos, y por consiguiente, eran enemigos irreconciliables de la verdad y del maestro que les enseñaba y del médico que deseaba curar sus mortales llagas. Estaban, además de esto, poseídos de la pasión de odio, rencor y envidia de Cristo, porque les reprendía sus inmundos y asquerosos vicios, y obscurecía sus honras vanas con la autoridad de su sabiduría, santidad y milagros, y así deseaban á todo trance hundirle por completo. Los unos, obrando por pura malicia, pretendían vengarse de las injurias que juzgaban haber recibido; los otros, vencidos de la pasión del temor, consentían en la consumación del crimen, por no perder la gracia del César ó la aprobación y aplauso del pueblo; éstos, por una ignorancia culpable, por no querer conocer bien quién era Aquel que había sido puesto por blanco de las iras de todos; aquéllos, en fin, por falso celo de la Religión y del bien público, el cual celo, cuando se junta con la envidia, atiza la crueldad, y la hace más terrible que de fieras. Contempla ahora, como David¹, á este mansísimo cordero, cercado de tantos perros y novillos y toros gruesos, leones y unicornios muy feroces, que son los enemigos que le rodean. Mira cómo unos le espantan con sus bramidos, otros le

¹ Psalm. xxi, 13.

desgarran con sus uñas, le muerden con sus dientes, y le voltean con sus cuernos de una parte á otra, trayéndole de tribunal en tribunal, hiriéndole con tanta crueldad, como si no fuese hombre, sino estatua de hombre, gusano y desecho del pueblo. ¡Oh dulcísimo Jesús! ¡Quién pudiera libraros de la furia tan demoniada de vuestros enemigos! ¡Quién pudiera hallarse en vuestro lugar, para que, descargando esos perseguidores su rabia y furor sobre mí, quedaseis Vos libre de sus crueles manos! Mas vuestra caridad no lo permite, para que en medio de tantas fieras resplandezcan vuestras soberanas virtudes. ¡Oh alma, más dura que un diamante! ¿No te compadece de tu Padre, al ver el estado en que se halla? ¿Continuarás ayudando á sus perseguidores en su obra criminal?

Punto 3.º *El demonio es el principal perseguidor de Cristo.*—Considera en este punto cómo los principales perseguidores de Cristo nuestro Señor, fueron las potestades de las tinieblas infernales¹, que son los demonios, los cuales sumamente le aborrecían, porque con su virtud omnipotente los echaba de los cuerpos, en cuya posesión se hallaban, sacaba de su poder las almas que había esclavizado, y destruía y arruinaba su reino, que era el reino del pecado. Durante su vida mortal habían manifestado en repetidas ocasiones el odio y rabia que sentían contra Jesucristo, ya tendiéndole lazos para hacerle caer en sus garras, ya ensalzando sus portentos para desvanecerle con la vanidad, ya publicando las grandezas y excelencias soberanas que presumían hallarse en Él, para que no fuese con ellos tan severo. Mas ahora, viendo que todos sus ardides y enredos habían sido inútiles, quieren vengarse de Él, y provocarle á algún acto de impaciencia, y así atizan la fiereza de los hombres para que le persigan, atormenten y le hagan sufrir los dolores más vivos y acerbos que se pueden imaginar. Á Judas instigó Satanás á que le vendiese; á los soldados, á que inventasen los escarnios que le hicieron, y en los judíos encendía el fuego de la ira con que ardían; y como la licencia que para afligir al Señor le dieron no fué con la limitación que se le dió contra el santo Job, no se contentó con arrojarle en un muladar lleno de llagas, sino hasta quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Oh Jesús, gran Sacerdote!² ¿Qué á Vos con Satanás para que tal poderío se le dé sobre vuestro sagrado cuerpo? ¡Oh amor insaciable! ¿Por qué no os contentáis con ser atormentado de los hombres? ¿Por qué consentís que sus atizadores sean los demonios? ¡Ah! Es que deseáis librarme con estos tormentos de los que ellos me habían de dar por mis pecados. ¡Oh cristiano! Mira á qué extremo de males se ha sujetado Jesús por tu amor; mira en qué manos ha querido caer, para librarte de ellos. ¿Consentirás todavía en ser enga-

¹ Luc., xxii, 53. — ² Zachar., iii, 1.

ñado del demonio? ¿No te apartarás de los lazos que te tiende?

Epílogo y coloquios.— ¡Bien dijo el Profeta: Se reunieron y juntaron los reyes y príncipes de la tierra contra Dios y contra su Cristo! Todas las clases de la sociedad se han convenido para atormentar á Jesús. Reyes y pueblos, sacerdotes y legos, religiosos y seculares, sabios é ignorantes, nobles y plebeyos: todos se han levantado contra Cristo. La soberbia, ambición y codicia que les estimula; el odio, envidia, rabia y furia que les incita contra Él; las pasiones todas se despiertan para deshacerse de aquel que venía á sujetarlas y enfrenarlas á todas, y á destruir el imperio brutal que ejercían sobre el hombre. De los perseguidores del Señor, á unos avasalla el temor, á otros incita la envidia, á estos el rencor, á aquellos los deseos de venganza, y á todos el demonio, enemigo capital de Jesucristo, porque tenía con razón que por Él había de venir la destrucción del imperio que ejercía en el mundo. ¡Oh! ¡Con qué rabia le persigue! ¡Cómo sabe instigar y encender la fiereza de los hombres contra Él! Pero Jesucristo, nuestro Redentor y Maestro, ¡con qué paciencia, mansedumbre, serenidad y calma se halla en medio de sus perseguidores! ¡Qué enseñanzas tan prácticas y sublimes podemos aprender de Él! Entra dentro de ti mismo, examina con grande confusión si tú también has formado parte con los perseguidores de Jesucristo. ¿Qué debes ahora hacer para reparar tal iniquidad? Piénsalo, propón, pide auxilio al Señor para cumplir los propósitos, y pide por todo lo demás.

4.ª—PERSONAS POR QUIENES PADECE CRISTO.

PRELUDIO 1.º Jesús padeció por todos los pecadores, incluso sus perseguidores, por ti y por cada uno en particular.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciéndote: « Por ti soporté el oprobio ».

PRELUDIO 3.º Pide verdadero agradecimiento á Jesús por sus bondades.

Punto 1.º *Padece por todos los pecadores.*— Considera cómo Cristo nuestro Señor padeció los dolores y desprecios de su Pasión por los pecados de todos los hombres, pasados, presentes y por venir, deseando pagar con su sangre las deudas que habían contraído, volver por la honra de su Padre, aplacar su justa indignación, reconciliar los pecadores con Dios, librándolos de las culpas y penas, así temporales como eternas, que habían merecido. Pondera que, siendo los pecados de los hombres infinitos en la gravedad, por ser contra Dios infinito, era necesario que fuese infinita la persona que padecía estos dolores, para pagar con ellos la deuda con igualdad. Y, aunque cualquier dolor de Jesucristo y una sola gota de su sangre bastara para esto, quiso padecer tanta muchedumbre de tormentos, para que su re-